

co romance con ellos. Las ideas y resentimientos quedarán junto con la mugre de las esquinas, simple y sencillamente porque tienen razón. Sin pensar qué es lo que te mereces por ahí te andarán, acudirán a la imprescindible cita.

Perdón Cocodrilo pero aquí no he visto turistas gringos, cae uno que otro despistado, no más. Aquí no llegan las tribus espigadas con ráfagas azules. Aquí llegan los frutos de la miseria del campo, la explotación infantil, la ola del vicio, el rescaldo del pequeño poder corrupto, la mezquindad de dirigentes obreros, la barbarie, la ignorancia, la ignominia, los signos de los jodidos, los símbolos de la crisis. La Avenida Juárez de tu loca y gran ciudad, es y no es como la nuestra.

Avenida Juárez, tarjeta postal. A despecho de paisajes naturales buenas son tus singularidades. Inspectores mordelones, vendedores de lotería, fascinante fantasía. Rico de la noche a la mañana, sin esfuerzo, sin sudor. Como suturas inútiles, como puntadas dadas en heridas falsas ahí están tus puentes a punto de caer de tanto no usarse.

Por donde te muevas y a donde le des, ahí están, a flor de banqueta, a flor de calle, en comercio primitivo, en la última estación de la esperanza: los puesteros. Ni románticos, ni legales, no hay tiempo para ello. Se mezcla el coraje por la vida y la explotación indebida.

Avenida Juárez, tiro al blanco, juego de puntería y putería. Desde las orillas te llegan al centro. Y de repente el telón de lo irrespirable se levantó, arteria prohibida. Avenida Juárez, calle de locos y cuerdos, calles de olvidos y recuerdos, calle del pasado y porvenir... -no-que-no-ya-vol-vi-mos-a-sa-lir.

Crónica del ojo de agua

Para los que...

Epílogo

Habrá de venir...

1 Copia íntel de un...

Crónica del ojo de agua¹

Para los lectores de esta capital, que conocen todas sus entradas y salidas, rincones y encrucijadas, no necesitamos dar explicación alguna sobre el significado del rubro que encabeza este articulejo, y que emplearemos en lo sucesivo para marcar una sección de nuestro periodiquillo, en la cual daremos albergue a pequeñas producciones y diálogos más o menos desabridos, según el paladar de los pacientes. Mas para los lectores foráneos la cosa cambia de aspecto, y creemos indispensable, para mayor claridad y para que no se queden, según suele decirse —como el que chifló en la loma— darles una breve idea de lo que es ello.

Habéis de saber, pues, pacientísimos leyentes, que en esta estrambótica ciudad, en donde todo es, o se hace, o se quiere hacer al revés de lo que se llama el orden natural: en donde los templos se convierten en teatros y los cafés en tribunales; en donde las oficinas públicas se vuelven tertulias y cantinas las boticas; donde el Ayuntamiento tiene humos de Congreso y éste no pasa de ser un Cabildo; en donde los comerciantes quiebran y al otro día acomodan dinero al tres por ciento; en donde se cobran contribuciones al hombre honrado y se pagan al usurero; en donde como el holgazán y el que trabaja se

¹ Copia infiel de un artículo aparecido en *El Tábano*, periódico popular independiente. Monterrey, mayo-junio de 1868. Transcripción de Daniel Sifuentes Espinoza.

muere de hambre; en donde las caras consumen más harina que los estómagos; en donde el que se afana por ilustrar a la sociedad recibe duras lecciones de ella; en donde bebe el pueblo y se les sube a los decentes; en donde, en fin, para no cansar, se llama escandaloso al que castiga un escándalo, en esta original y extravagante ciudad, decíamos, existe un manantial copioso, situado casi en el centro de la población, que es llamado el Ojo de Agua grande.

Ahora bien, ya con el conocimiento de la existencia, existencia que os aseguramos con toda certidumbre, porque de ella han dado testimonio nuestros propios ojos, y no porque lo hayamos oído de la boca del mismo ojo de agua (que sobrados motivos tiene para estar agraviado), con esta certeza, repetimos, nos atrevemos a esperar que no pondréis dificultad alguna en creer que en ese delicioso aguaje se reúne lo más selecto de las lavanderas.

Esta congregación anfibia, especie de convención, jurado, club, o como se quiera llamar, es lo que todo vecino de Monterrey conoce con el nombre de Tribunal del ojo de agua. Tan respetable concilio, como que esta compuesto de seres parlantes, y por cierto, de los que más gustan del parlamentarismo, habla, arguye, discute y fulmina decretos más temibles todavía que las decisiones de una junta inquisitorial.

De las discusiones y fallos de este conclave femenino, nos proponemos sacar un material copioso e interesante que en esta crónica presentamos a los lectores, y del cual tomamos el siguiente diálogo que copiamos tal como se nos metió entre las orejas.

La tía Mamerta. «Oiga usted vecina, ¿qué sabe usted del tumulto que hubo la otra noche entre unos empleados del Palacio y unos extranjeros?»

La tía Blasa. ¡Ay vecinita! Le aseguro que es cosa de comenzar y no acabar, según lo que las lenguas dicen de unos y otros señores.

Tía Mamerta. Pero, ¿qué es lo que dicen?

Tía Blasa. Pues, para no cansar a usted, dicen que el que mandó a esos señores americanos a donde están los otros, es un hombre que merece que lo quemem vivo; pues, ¿cuándo nunca se había visto que avergonzaran a unos señores ricos nomás que porque andaban en la calle con la alegría encima? ¡Haberlos metido en aquel piojero, pegarlès con un ñerval de toro y hacerlos cargar el caballo...!

—A propósito— dijo interrumpiendo a la preopinante una mujercilla regordeta, tipo de esos temperamentos privilegiados que de todo sacan pretexto para reír, ¿no saben ustedes lo que le pasó a uno de esos extranjeros cuando el presidente de los presos le dijo que ayudara a sacar el barril? Le dijo: «Oiga usted amigo, sáquese el caballo». Y le contesta el extranjero: «Pero si mi no traer cabalgadura, usted mismo ver como entramos de a pie». Ja, ja, ja, ya se ve como el pobrecito no entiende bien nuestra lengua... eso de llamar caballo a un barril, solo lo saben los que han entrado a la cárcel.

Tía Blasa. Anda, ¡mala yerba! Serías capaz de reírte así vieras ardiendo a tus propios hijos. No sabes que según El Atalaya semejante atropello nos traerá la guerra con los americanos, porque es una cuestión internacional.

María Cleofas. ¿Con qué es decir que tendremos otra como la del tiempo del difunto Imperio? y ¿habrá traidores y traidoras y tantas otras cosas nuevas como las que nos vinieron de Francia? ¿Pues que tiene de malo que echen a la cárcel al que comete un desorden en la noche? ¿No amanece todos los días el Hotel Vara lleno de gentes pobres, nomás porque se descompasan en levantar el codo? ¿O qué, para los ricos hay una ley y otra para los pobres? Todos los que en este asunto piensan como el Atalaya son un atajo de chismosos, habladores, malos mexicanos que poco les importa promover cuestiones contra el país a que no merecen pertenecer, con tal de desprestigiar a personas que acaso les estorban para asaltar los puestos públicos, único norte que han seguido siempre.

Tía Blasa. ¡Lengua de víbora! Hablas así porque estas vendida a algún empleado.

María Cleofas. Ja, ja, ja... y usted opina lo contrario porque no ha conseguido hacerse comprar, lo mismo que ciertos políticos.

Aquí, no pudiendo sufrir más la buena Tía Blasa, se lanzó contra la insolente que así la insultaba, concluyendo la sesión con unos cuantos estrujones y arañazos como suele suceder en toda asamblea deliberante.

Yendo y viniendo días, dio la casualidad que se encontraran una tarde doña Timotea las que recordando los tiempos pasados, iniciaron el siguiente diálogo.

Doña Timotea. ¡Válgame Dios doña Pascasia, a que tiempos hemos llegado! Figurese usted que hoy ya no se casa ninguna muchacha a los quince, como nos sucedía a nosotras. Hoy hormigean las doncellas a montones, blancas, rubias, morenas, trigueñas y retintas, gordas, delgadas, altas, bajas, de veinte, treinta y hasta cuarenta abriles, porque no todas pierden aún la esperanza de que el día menos pensado les haga el milagro San Antonio; y por más que haya jóvenes y más jóvenes, nada se trata en serio; y hay tiene usted como éstas pobrecitas muchachas se meten al fin, desengañadas del mundo, a hermanas de la comodidad (caridad, quise decir), o se quedan quietecitas en sus casas para vestir santos.

Doña Pascasia. Es verdad que en nuestros bellos tiempos, allá cuando se cantaban boleras y se bailaban el minué, era otra cosa; se casaba una con el primero que la pretendía y a los quince, y no se consideraba tampoco a los pobres empleados como espíritus invisibles, ni como camaleones que se mantienen con puro aire. Pero ahora sucede todo esto porque es un castigo de las herejías, a que, según nos dicen los padrecitos, hemos llegado. Pues, ¿qué es esto de quitar las procesiones los muy herejotes, como si a ellos les costará? ¿No saben los mal nacidos que las han quitado, que si antes las había era porque nosotras las costeábamos, como costeamos hoy la hermandad

de la Vela Gorda? Usted misma doña Timotea, que es de las reformadas y tan enemiga de los padrecitos, lo esta viendo. Y a propósito, ¿cuándo se casa su ahijada?

Doña Timotea. Ella se casará cuando se establezca que los padrecitos también se han de casar, lo que yo no creo difícil.

Doña Pascasia. ¡Casarse los padrecitos! Y luego, ¿con quién se confiesa uno? Es verdad que según me contaba mi primer marido, que por cierto le decían masón, que los apóstoles todos fueron casados, pero eso acontecía porque eran otros tiempos. Como que la gente ha sido siempre amante de lo nuevo, maestros y discípulos se dedicaban con más entusiasmo a los deberes de la doctrina, viviendo los primeros de la caridad y unos y otros dedicándose en el rincón de sus casas a rezar y hacer penitencia; más hoy todo eso se ha hecho viejo, según expresan, y que para hacer frente a tantas otras religiones inventadas por el enemigo malo, ya no valen sermones ni se pueden emplear los saludables remedios de la Inquisición, es necesario que los padrecitos no se limiten a su misión evangélica, porque no habría quien les hiciera caso, y tienen por lo mismo que ver cómo toman cartas en las cosas temporales. No es tampoco conveniente que sean casados como los sacerdotes de los primitivos tiempos lo fueron, porque así se tornarían en ciudadanos, que es lo que se ha querido evitar con el establecimiento del celibato.

Doña Timotea. Y si no hubiera sido eso, ya habría visto usted, doña Pascasia, cómo los padrecitos ahora en esta guerra con los franceses todos se hubieran puesto de nuestra parte.

Aquí iba en su conversación estas venerables ancianas, cuando habiendo llegado una de ellas a su casa, que se halla en la calle de «sal si puedes», se despidió de su amiga, ofreciendo continuar en otra ocasión tan amena charla.

Convocamos de nuevo a los lectores ante la respetable Loggia del lavadero, demandando su atención para que escuchen los altercados que últimamente se han suscitado entre los principales miembros de tan escrupulosa hermandad. La sesión se

ha abierto sin formalidades, como debe hacerse en toda asamblea democrática.

Tía Mamerta. Y dime, ya que has mencionado al Tábano, ¿qué jaez de papel es ese y qué dice de provecho? Tu que eres amante de averiguar vidas ajenas debes saber algo de él.

María Cleofas. Pues por lo que me han contado creo que es un periódico, lo mismo que todos los de su familia, que se perece por buscar camorra con todo el mundo y que no sé si dirá algo de provecho, pero me aseguran que le gusta mucho la chismografía. Usted verá ¡pues no ha dado en poner con letras de molde todo lo que platica en el ojo de agua, sacándonos a bañar a las pobres lavanderas!

Tía Mamerta. Mira tú, ya me lo habían dicho, pero yo no creía que nos hicieran tanto honor. Por supuesto que no hablará mal de la familia, porque sé que solo se ocupa de relatar lo que nosotras hablamos.

María Cleofas. Ya se ve que sí y desde que he sabido eso me he vuelto más chismosa que de costumbre, pues francamente no me disgusta ver mi nombre estampado como los de los señores del Congreso. Lo que me desconsuela es que no se ha vuelto a ocupar de nosotras, a pesar de que día con día nos hartamos de prójimo.

Tía Mamerta. Puede ser que las cosas que hemos hablado no merezcan la pena de que las sepa el público.

María Cleofas. ¡Cómo que no! ¿Le parece que a nadie interesará lo que nos informó la comadre Teófila el otro día sobre lo que hicieron esos señores que se llaman Junta de Revisión, de las últimas contribuciones que se han mandado cobrar y que han caído como una plaga sobre los pobres? Pues vaya que bien merece la pena que se divulgue la clase de conciencia que tienen unos hombres, que creen justo que pague lo mismo un empleado que gana cien pesos, que un ricote de más de cien mil; o lo que es lo mismo, un sirviente que tiene de salario diez pesos, que un propietario que tiene un capital de diez mil.

Tía Mamerta. Tienes razón muchacha, y los empleados a quienes pasa tal cosa, pueden muy bien decir lo que aseguran que dijo el león de la fábula. ¿Qué hijo o hija de vecino hay que, teniendo modo, no eche a retozar sus puercos en el huerto de su vecino, antes que en el suyo propio? Se divierte más el que va al fandango que el que lo costea; un real en otra mano se nos figura un duro y un tostón en la nuestra es menos que una cuartilla. Y de las funciones del 5 y 15 de mayo ¿qué han dicho?

María Cleofas. A lo menos no han dicho lo que era de esperarse, por ejemplo, que en la reunión que hubo en el Gobierno el primero de estos días, no asistieron a las felicitaciones, como debía ser, tres personajes del cabildo grande, los cuales prefirieron ir a solemnizar tan glorioso día entre los colegiales. Pero ¡ya se ve! también el rey de los patriarcas, como llaman las letanías a Nuestro Señor, gustaba más de conversar con los inocentes que con la gente madura.

Tía Mamerta. ¿Y del baile que hubo en el teatro, qué cuentan?

María Cleofas. Nada, ni una palabra, cuando yo que ellos, lo primero que haría es preguntar, ¿por qué sería el 15 y no el cinco cuando le dieron?

Tía Mamerta. Eso no se pregunta, pues ¿qué no ves que el santo principal de la fiesta del 15 está vivo y el del 5, no? y ya sabes que a muertos y a idos no hay parientes ni amigos. Pero si hablando nomás de lo que pasó en el baile, se podían contar tantas cosas...

María Cleofas. Cierto que sí, tía. Y desde luego volvería yo a preguntar, ¿por qué no asistirían ni a los discursos, ni a las felicitaciones, ni al baile, ciertas personas que siempre han hecho alarde de ser muy patriotas?

Tía Mamerta. A eso si que no sabré responder, pero se me hace que el Tábano (si no fuera por el respeto que se debe a los muertos) ya lo habría dicho.

María Cleofas. Yo que el ya lo hubiera cantado, a pesar de todos los muertos del mundo. Podía siquiera hablar algo de lo

que pasó en el baile, que aunque nada tiene de nuevo, porque es lo que pasa siempre, sin embargo, divertiría mucho, porque nunca se ha escrito en los papeles públicos.

Tía Mamerta. ¿Y quieres decirme qué pasó, muchacha?

María Cleofas. ¡Tal como si nada fuera! que saquen a bailar nomás a las muchachas bonitas, dando unos plantones de toda la noche a las pobres feas y a las que se han pasado ya un poco de sazón; que los casados enamoren a las doncellas y los solteros a las casadas; que se achispen los hombres para andar cometiendo después algunas faltas con las señoras, y a éstas no les den un trago de agua; y sobre todo que las mujeres lleven al baile unos trajes que más parecen de montar a caballo, y con los cuales la más rescatada no puede escaparse de que todo el mundo diga —esa tiene cola que le pisen— como en efecto se las pisan y muchas se quedan a mitad de la diversión, como suele decirse, en faldillas. Y esto fuera todo, pues creo que en otras ocasiones han dado espectáculo algunas parejas de bailarines, rodando por el suelo, ¡enredadas en una cola!

Tía Mamerta. ¿Y qué nos dirán los pobres maridos y padres de familia que tienen que costear esas colas? porque he visto algunas tan largas que tienen más lienzo que todo el resto del vestido. Pero en fin, ¡es la última moda!

María Cleofas. Pues me río de la moda, que no tiene más que una ventaja y no para las que la usan, sino para los encargados del aseo de la ciudad, porque les economiza escobas. Nomás una cosa falta para que la moda se convierta en una invención de utilidad y ahorro para los municipios, y es que al mismo tiempo que las colas van barriendo, las que las arrastran fueran regando, lo cual sería mejor con mucho a las carretillas que dicen han inventado los extranjeros de no se dónde para barrer y regar al propio tiempo.

Tía Mamerta. La verdad muchacha, que tienes tus ocurrencias medio mal intencionadas, y es necesario que esas cosas no las digas tan recio que pueden entenderlo las niñas a quienes les lavas y ya verás que te pueden torcer y quitarte sus ropas.

María Cleofas. ¡Vaya si me cuido yo de eso! afortunadamente no comercio con las que usan dos cabezas ni con las que se echan albayalde en la cara, ni menos con las que arrastran lo que todo el mundo cuida más.

Tía Mamerta. ¡Calla, calla! por esta ocasión sí que no se llevará la corriente las palabras que hemos dicho. ¿Ves ese señor que está aquí enfrente? Seguramente estará leyendo nuestras palabras.



**MTY400**